

NOTAS DIVERSAS

EL ESTUDIANTE INGENIOSO

(CUENTO MATEMÁTICO)

Por J. A. Vélez Rojas

A Enrique Uribe White

ESPECIAL PARA "DYNA"

Jaramillito —como todos empezamos a llamarle desde el momento en que lo conocimos—, era un muchacho de Marinilla, de baja estatura, complexión robusta pero estilizada por una gimnasia técnica y constante; su piel blanca y sana aparecía ligeramente rosada en las mejillas, por efecto del clima, de una alimentación racional y de la ordenada vida que llevaba; en profundas cuencas, sus ojos oscuros, inquietos y maliciosos, brillaban con una mirada picaresca, a todas horas subrayada por una traviesa sonrisa. Era alegre y sencillo, generoso y noble, y siempre dispuesto a servir a los demás. Pero cuando se empeñaba en "jugársela" a alguno, hacía cosas imperdonables que contrastaban con su conducta general y con su atrayente idiosincrasia. Sin embargo, el ascendiente que alcanzó entre sus compañeros, su talento y su generosidad le proporcionaron siempre los medios de reanudar la amistad con sus "víctimas". Era muy "salado" para **echar** cuentos e improvisar oportunos chistes, y tenía gran ingenio y rapidez para los de palabras homófonas.

Aquella mañana del 15 de enero del año 25, se hallaban reunidos en el vestíbulo de la Escuela de Minas los estudiantes bachilleres que habían de presentar exámenes de admisión, para entrar al año Preparatorio, que en aquellos antaños se llamaba popularmente "**menos uno**". La mayoría eran antioqueños, pero había varios de la Costa, de los Santanderes y del Valle. Todos se sentían —naturalmente— nerviosos e inquietos, preocupados y ansiosos, no tanto por inseguridad personal respecto a sus conocimientos cuanto por la calidad del examinador, el Dr. π , cuya fama, merecida y amplia, de profesor temible volaba de labios a oídos por todos los ámbitos estudiantiles no sólo de Antioquia sino de Colombia entera. Había sido nombrado para efectuar por su orden los exámenes de admisión (que eran sólo escritos) de las siguientes materias: Aritmética, Álgebra,

Geometría, Trigonometría, Física y Química. Todos los diálogos giraban aquel día en torno a la personalidad del examinador.

—¿Dizque es una fiera ese doctor π ?

—¿Fiera? **Fiera** no es palabra, hombre: ese señor es una pante-ra cruzada con tigre. Y como que está resuelto a **rajar** hasta al Rec-tor si se presenta a examen.

—Dicen que va a usar tamiz de sesenticuatravo de pulgada, pa-ra que sólo pase "**la crème**".

—Pues ustedes no me "**la crème**" —apuntó Jaramillito—; pero lo que soy yo, paso aunque el tamiz no tenga agujeros.

—¿Tan seguro te sientes?

—Por lo que a mí toca, sí; pero no sé con qué se dejará venir el fierón ése de **tres catorce dieciséis** (3.1416).

Efectivamente, el Dr. π , hombre alto y corpulento, con cincuenta y cinco almanaques en el cesto del tiempo, de reposado andar y voz sonora, de aguda observación psicológica, era —como profesor— de una inflexibilidad desconcertante: frío, huraña, carente de amabili-dad en su trato, parecía guardar secretamente una amargura muy íntima, una decepción o un fracaso.

Se diría que sólo en las clases hallaba una válvula de escape a sus calladas penas, pues mostraba una sádica complacencia en martirizar a sus discípulos, humillarlos y hacerles sentir, mientras me-drosos llenaban el tablero de fórmulas, su falta de aplicación o de talento. A la mayoría los llamaba por apodos y sentía un secreto placer en saber que todos le temían. A veces fingía ser complacien-te, pero lo hacía con una malvada intención.

En aquella época, la máxima calificación obtenible en la Escue-la era 5, y la mínima para **aprobar** una materia era 3./3. Recuerdo que estando ya en tercer año de carrera, un estudiante que había sacado **dos con nueve** (2.9) en la calificación final de Mecánica Ra-cional, se le acercó muy suplicante y respetuoso a pedirle el favor de que le "subiera" la calificación. El Dr. π se quedó observando largamente al estudiante, que tragaba de lo más grueso y por entre sus nerviosas manos hacía deslizar toda el ala del sombrero.

—"Con mucho gusto" —dijo secamente el Dr. π .

—"Muchas gracias, doctor" —tartajeó el estudiante y salió apre-suradamente, con el corazón lleno de alegría.

Al día siguiente apareció en una de las vitrinas de la Escuela la "Lista de Calificaciones Finales de Mecánica Racional". El estudiante de la petición se precipitó a leerla, y cuál no sería su sorpresa y su despecho cuando vio que ahora su calificación era **dos con noventa y nueve** (2.99).

Esta y otras muchas parecidas anécdotas se referían en los diversos corrillos, y con los comentarios surgidos contribuían a acrecentar grandemente el temor que los estudiantes sentían frente al Dr. π .

Uno de los postulantes, que sabía muy bien de las altas capacidades matemáticas de Jaramillito y de su bien merecida fama de "gran estudiante", preguntóle sin más requilorios:

— "¿Nos ayudas, Jaramillito?"

— "Si mister π me da tiro, sí, por supuesto. Tengo unos cigarrillos **preparados** especialmente para meterles dentro la solución de cualquier problema, por si acaso a alguno le hace falta; pero no se vayan a fumar la respuesta".

Todos rieron sonoramente. Un minuto después, el Dr. π entró a la Escuela, su cotidiano periódico bajo el brazo y una revista de Ingeniería en la mano. Con su habitual calma dirigió sus pasos al salón de exámenes, que estaba cerrado bajo llave. Abrió la puerta, y cuando ya estuvieron en sus puestos todos los estudiantes, calladamente se encaminó al tablero y haciéndolo girar sobre su eje horizontal, le dio media vuelta, diciendo luego:

— "Tienen toda la mañana para resolver **sus** problemas".

A las miradas ávidas de todos se presentó el cuestionario de examen de Aritmética, que contenía cinco problemas. El primero preguntaba sencillamente: "¿Cuántos números hay de **n** cifras?"

— "Oye, Lucho", — preguntó Jaramillito en voz baja a un vecino: — "¿qué vaina es ésa de las **n** cifras?"

— "¡Qué diablos voy yo a saber, si no sabes tú! Eso debe de ser Algebra, porque lo que soy yo no conozco aritméticas con **enes**"

Jaramillito continuó leyendo los problemas, despacio. Al llegar al tercero, frunció el ceño con extrañeza, leyó de nuevo, releyó una vez más, y sin esperar a leer el cuarto problema, dijo muy oronda y resueltamente, en voz alta:

— "Oiga, doctor: al tercer problema le falta un dato".

El doctor π , gran matemático, orgulloso y consciente de su profundo saber, incapaz de tolerar que un cándido bachiller viniera a señalarle equivocaciones, poniéndose en pie con visible contrariedad, vociferó atronadoramente:

—“¿Qué dijo usted?”

Jaramillito, comprendiendo que había hundido de una vez sus extremidades inferiores hasta más arriba de las caderas y que quizá había estropeado toda su carrera profesional, trató de urdir una excusa. Pero ante la actitud insólita del temido profesor, fue tal su turbación que nada se le ocurrió. Y sin saber lo que decía, repitió mecánicamente, como un eco trágico:

—“Que al tercer problema le falta un dato”.

—“¿Cómo se llama usted?” —preguntó sin cambiar de tono el doctor π .

Jaramillito, pálido, tartamudeó: “José J. Jaramillo J.”

—“Pues oiga usted, señor “poker” de jotas: hágame el favor de salirse del salón de examen”.

Cada vez más sorprendido y turbado, el infortunado estudiante, sin saber por qué, se atrevió a preguntar:

—“¿Quién, yo?”

—“Sí, hombre, **usted**, el de la jota por los cuatro costados: hágame el favor de salirse del salón de examen. ¿Entendido?”

Jaramillito, sin protestar, recogió cuadernos, borrador y lápiz, y con cara de quien acaba de asesinar a alguien, salió a paso lento salmodiando muy quedo y entre dientes mil maldiciones y pestes, irreproducibles, contra sí mismo, contra el examinador y contra la hora en que se le ocurrió semejante desatino. Sus compañeros todos lo miraban atónitos, se miraban unos a otros, pero ninguno se atrevió a hablar. Y bajo una escalofriante mezcla de compasión, ansiedad y miedo, empezaron a escribir en sus hojas de examen: “¿Cuántos números hay de n cifras?”

Al día siguiente, por la mañana, se presentaron todos al examen de Álgebra.

Dirigiéndose al pobre de José J. (a quien no volvieron a llamar “Jaramillito” sino “**pokarito**”, por aquello de “señor **poker** de jotas” del día anterior, dijo uno de los compañeros:

—“Oye, Pokarito: ten cuidado de no corregir hoy al profesor π en Álgebra”.

—“¡Eh, ave María! Dios me libre de tener otra mala hora” + contestó el aludido con cierta amargura—. “Créeme que no me atreveré a hacerle la más minúscula observación al Dr. π , ni aunque lo viera escribiendo en el tablero **dos más dos son cinco** ($2 + 2 = 5$)”.

Llegó la hora del examen de Álgebra. Todos entraron en silencio al salón, y de la mayoría cada uno se sentó en la misma silla que ocupó el anterior. Cuando el Dr. π hubo vuelto el tablero para poner a la vista el cuestionario de examen, paseó su mirada inquisitiva por todos los puestos. De pronto la detuvo con extraña fijeza, a la vez que ordenaba imperiosa y secamente:

—“El señor **poker** de jotas hágame el favor de retirarse del examen”.

Pokarito, pálido, con los ojos desorbitados por la sorpresa y estimulado por la rabia que le produjera la inesperada orden, tuvo valor para inquirir:

—“¿También hoy, doctor? No veo el motivo”.

—“Pues yo sí lo veo muy claro, y eso es suficiente”.

Como sermoneado can salió Pokarito del salón. Ya en el corredor, tropezó con uno de los compañeros, quien al verlo tan pálido y excitado, preguntóle con ansiedad:

—“¿Qué pasó, Pokarito: te sacaron hoy también?”

—“Esto se lo llevó el diablo, hermano. Me voy... a presentarme a Medicina o a Derecho. Este maldito viejo no me dejará ser ingeniero”.

—“No seas bobo, Pokarito: aún te quedan cinco materias de examen. Y si las apruebas, tienes derecho a entrar a **menos uno**. Preséntate mañana a Geometría. Si él te echa de nuevo afuera, vas a la Secretaría y consultas el asunto. Si no te echa, quiere decir que ya tienes ganada la partida”.

—“Gracias, viejo; veremos qué sucede”, --dijo, visiblemente decepcionado—.

Pokarito salió precipitadamente de la Escuela, se dirigió al café “La Bastilla”, y después de darle muchas vueltas y revueltas a su

problema (que él consideraba el más grave y menos soluble del mundo), decidió seguir al pie de la letra el consejo de su amigo.

A la mañana siguiente se presentó al examen de Geometría, pero con tan mala suerte que, en idénticas circunstancias y con las mismas palabras (que de dulces y acogedoras nada tenían), fue sacado del aula. Inmediatamente se dirigió a la Secretaría de la Escuela, y pensando que en esos angustiosos momentos una voz femenina sería para él más alentadora y suave que ninguna otra, llevó sus cuitas a oídos de la amable y gentil subsecretaria.

—“Doña Inés” —le dijo— “se me ha presentado un problema grave, y necesito su ayuda”.

—“Con el mayor gusto. Estoy a sus órdenes. ¿En qué puedo servirle?”

Pokarito hizo a doña Inés una detallada y patética narración de cuanto le había acontecido, y terminó suplicándole que moviera todos los resortes, tocara todas las teclas y pusiera en juego todas sus poderosas influencias para sacarlo con éxito de tan profundo atolladero, ya que ella era la única tabla de salvación que tenía a su alcance.

—“Pues...mi estimado amigo —empezó ella, a la vez que con una sonrisa infundía ánimo al angustiado estudiante— lo primero que tiene que hacer Ud. es seguir asistiendo a los exámenes que le faltan, aunque el doctor no lo admita. Luégo elevará un memorial al Consejo Directivo de la Escuela en el cual conste que Ud. se ha presentado a **todos** los exámenes, pero que en vista de que no ha sido admitido a ellos, solicita muy respetuosamente un nuevo examinador. Preséntese también al examen de inglés, que el examinador es don Juan Vélez, y traiga su memorial inmediatamente, pues el Consejo se reunirá después de dicho examen”.

Confiado y optimista salió Pokarito (¡oh esperanza, que sostienes y vivificas!), luégo de agradecer muy cortésmente a su amable consejera.

En los exámenes de Trigonometría, Física y Química corrió la misma dolorosa suerte que en los tres anteriores. Pero alentado ya por la ilusión de obtener con su memorial un nuevo examinador, apuró con estoicismo tan amargos cálices. Consolóse además por la satisfacción de haber aprobado con lucimiento el examen de inglés, único que le fue dado presentar. Terminado éste, se precipitó a la Secretaría a entregar su petición, seguro de que el Consejo aprobaría la solicitud.

Al día siguiente, todos los estudiantes se paseaban nerviosos en el vestíbulo de la Escuela, esperando el resultado de los exámenes. En todas las caras se veía una constante ansiedad, y aunque todos trataban de mostrarse serenos y alegres, cada cual se hallaba inconscientemente atareado con el "tic" de su predilección. Este, con el índice, agrandaba un ojal del saco; el de más allá, parecía empeñado en arrancarle un botón; aquél tiraba las puntas del chaleco hacia abajo, y cogiendo luego el nudo de la corbata entre pulgar e índice giraba a uno y otro lado la cabeza como queriendo sacarla del cuello; esotro se alisaba el cabello con ambas manos, después las frotaba enérgica y nerviosamente una contra otra, como batiendo chocolate con un molinillo invisible, y terminaba agarrando del brazo al primero que encontraba, para preguntarle sin necesidad: "¿Cómo te sientes?"

De pronto, apareció doña Inés, que salía de la Secretaría con una hoja de papel en la mano. Todos se precipitaron hacia ella queriendo leer, cada cual el primero, la lista de los aprobados. El primero en acercarse fue Pokarito.

— "¿Accedieron a mi solicitud?" —preguntó casi con angustia.

— "Creo que sí" —respondió ella—; "pero no estoy segura todavía, porque el señor Secretario no ha venido aún, y cuando ayer tarde terminó la sesión del Consejo (al cual nunca asisto, como Ud. sabe), yo había salido ya para la casa".

Pokarito se retiró del grupo y se dirigió a la entrada principal de la Escuela, donde empezó a atalayar con ansiedad la llegada del Secretario. Los demás estudiantes continuaron alrededor de doña Inés, en tan estrecho círculo que apenas si le dejaban movimiento, todos inquietos por el ansia de leer la lista que ella mantenía doblada para estimular más la curiosidad de los bachilleres.

— "Por Dios, muchachos" —dijo sonriente y cruzándose de brazos— "déjenme siquiera caminar. Y nadie avance a la vitrina hasta que yo haya terminado de poner la lista en ella".

En la vitrina que colgaba de uno de los muros del segundo patio acomodó la hoja doña Inés, diciendo luego en voz alta:

— "Ya pueden venir".

Pero no había acabado de pronunciar sus palabras cuando ya estaban todos leyendo la hoja. La bella y simpática dama hubo de abrirse paso por entre el tumulto. Como la lista no estaba en orden alfabético, cada cual la devoró con los ojos de arriba abajo buscan-

do su nombre. De repente, tres de los bachilleres se miraron perplejos y salieron en carrera precipitada:

—“Pokariiiiito, Pokariiiiito —gritaban mientras corrían en su busca—. Ven, Pokarito, ven —añadieron al encontrarlo—. Tú estás encabezando la lista de los aprobados”.

—“Eh, no me vengan con chistes malos a estas alturas, que ahora no estoy para chanzas pesadas”.

—“No, Pokarito, no es chanza”.

—“Eres el primero de la lista y tienes 5 en inglés, y en todo lo demás, 4”.

—“Palabra, Pokarito, por ésta” —añadió el tercero, besando sonoramente una cruz digital de índice y pulgar.

Como el descorazonado estudiante se negara a ir a la vitrina, los tres compañeros lo llevaron a la fuerza hasta ponerlo frente a la lista, que leyó sin entusiasmo:

—“Es una treta de muy mal gusto, muchachos —dijo displicentemente—; y con ella sólo han logrado amargar más mi situación. Lo que más me extraña es que doña Inés se haya prestado a esto”.

—“Pero si no es treta, Pokarito. ¿No estás viendo los sellos de la Escuela?”

—“Claro que para realizar el engaño con el mayor arte, no iban a ser ustedes tan cándidos para omitir ese detalle. ¿Pero es que se imaginan que no he perdido aún la inocencia bautismal y que muy ingenuamente me voy a tragar esto de que sin presentar exámenes voy a ser aprobado? Hasta el más estólido ve claramente que eso es imposible. Eso no puede ser”.

—“Eso sí puede ser —dijo con su voz llena y sonora el Dr. π , que silenciosamente se había acercado al grupo, sin ser observado.

Pokarito se volvió rápidamente y apenas pudo pronunciar esta palabra:

—“Doctor”.

—“Al tercer problema de Aritmética le faltaba efectivamente un dato, que omití adrede —prosiguió el Dr. π —. Y el hecho de haber sido Ud. el único en notarlo me bastó para saber que es usted un buen estudiante de matemáticas, y por eso lo eximí de los otros exámenes, que en su caso no eran necesarios. Lo felicito, pero no se

duerma sobre sus laureles y déles buen ejemplo a estos otros Flammariones".

Pokarito, radiante de felicidad, tendió su mano hacia la del Dr. π y apretándosela entusiásticamente, le dijo efusivamente emocionado:

—"Muchísimas gracias, doctor".

Inmediatamente empezó a dar saltos, lleno de gozo, gritando vivas y tirando el sombrero contra el cielo raso. Sus compañeros, en un arrebató de júbilo, lo pasearon en hombros por toda la Escuela, entre sonoros ¡hurra! y vítores clamorosos. Cuando lo bajaron de su viviente trono, Pokarito tenía los ojos humedecidos de felicidad.

* * *

Aunque desde entonces nació entre Pokarito y el Dr. π una mutua simpatía —que éste con su conducta seria se guardaba muy bien de mantener a raya, para impedir que invadiera los predios de la camaradería o de la íntima amistad, poco a poco, a medida que aquél avanzaba en estudios, se fue estableciendo entre ambos, de manera insensible, una como rivalidad intelectual, la cual se acrecentaba con el tenaz empeño del Dr. π de hacer fracasar a Pokarito en alguna **salida al tablero** y con el constante y vigoroso esfuerzo de éste en salir siempre airoso y vencedor. Además, Pokarito guardaba contra su profesor un secreto rencor por todo lo que tan innecesariamente lo había hecho sufrir, y vivía en acecho de una oportunidad para vengarse. El Dr. π , desde el primer día de clase empezó a llamar a Pokarito "**señor matemático**", y éste, a su vez, llamaba al Dr. π (con mucho respeto) "**señor Profesor**". Aquella emulación entre maestro y discípulo (cuyos temperamentos iban muy a contrapelo) fue para Pokarito agudo acicate que estimulaba su amor propio y lo obligaba a intensificar sus estudios constantemente. Adquirió las más raras obras de matemáticas en inglés, francés y alemán, y a veces nos admiraba recitando teoremas en latín, de los cuales (¡pobres de nosotros!) sólo desenredábamos la palabra "**quántitas**".

La personalidad de Pokarito era admirable por su vasta cultura y por la universalidad de sus capacidades en artes, ciencias y deportes. Con la misma facilidad que recitaba versos de Goethe y de Shakespeare, citaba aforismos de Tales o de Pitágoras, o silbaba una gavota de Bach o un vals de Chopin, o un tema operático de Wagner. Tocaba con gran propiedad el violín y dirigía la principal murga estudiantil de Medellín. Cierta vez, el Dr. Uribe Cálad, sin consultar con él, en unas fiestas estudiantiles lo nombró torero y como tal lo incluyó en el programa de festejos (con el apodo taurino de

"Chaleco"). Pokarito, aunque sólo en sueños —según él— se había visto frente a las astas de una vaca de ordeño, **pintada** para más señas, no esquivó el lance y toreó en la becerrada del Circo España con gran valor aunque poca elegancia, pero fue muy aplaudido. Era muy oportuno para sus "**apuntes**" en las conversaciones frívolas y alegres, y cuando se proponía quebrantar el orgullo de una persona se mostraba agudamente ingenioso y mordaz. En cierta ocasión, el Dr. π , que se sintió aludido en una irónica **salida** de Pokarito, le advirtió con mucha seriedad:

—"No olvide que la ironía es una arma peligrosa".

—"Sé muy bien —dijo el estudiante— que es una espada de dos filos".

—"Pero en usted es a veces un cuchillo de talabartero".

—"Sólo cuando necesito cortar **cueros**" —respondió Pokarito muy frescamente.

A veces era de una audacia extremada, en su afán de servir y ayudar. Recuerdo que una vez, después de un examen escrito de Resistencia de Materiales, rodeamos al profesor, que se hallaba aún sentado a su mesa de clase, para comentar uno de los problemas del cuestionario. Pokarito aprovechó la distracción del profesor que disertaba entusiasmado, para sacarle de un bolsillo exterior del saco la lista de calificaciones semanales y "**notas previas**". Salió con ésta a uno de los corredores, hizo en ella una enmienda y luego con mucha delicadeza la volvió a introducir en el bolsillo del distraído catedrático. Después, por boca del mismo Pokarito, supimos que había hecho esto sólo para mejorarle la "**previa**" a un buen compañero a quien le había ido mal en el examen escrito y peligraba perder su curso.

El Dr. π había luchado con tesón por hacer fracasar en el tablero a Pokarito siquiera una vez, pero inútilmente. Sin embargo, aunque no lo había logrado, continuaba luchando en su empeño. Pokarito, por su parte, seguía alimentando secretamente su idea de vengarse. A ambos se les presentó una gran oportunidad, cuando en una clase de Mecánica Racional aconteció lo que paso a referir.

Para hacer más claro el relato, debo advertir que en Mecánica Racional se llama "**momento**" al producto de una fuerza por su brazo de palanca. Pokarito se hallaba al tablero deduciendo la complicada fórmula de uno de tantos "**momentos**" (a veces difíciles) de las matemáticas. Pero sucedió que aunque las operaciones estaban correctamente hechas desde el punto de vista algebraico, nuestro buen

amigo y admirado condiscípulo cometió un error al reemplazar equivocadamente unas letras por otras. Como ninguno de nosotros cayó en la cuenta de la equivocación, o si alguno la observó pensó que por tratarse del "señor matemático" no había tal error, sucedió que nadie hizo el menor amago de advertirlo. El Dr. π , que sí lo vio desde el primer momento, nada dijo: esperó satisfecho a que Pokarito llegara al final de su larga y complicada demostración, e inmediatamente le dictó un problema, en cuya solución vería aquél muy palpablemente lo garrafal de su yerro.

Como efecto del error en la fórmula del "momento" resultaba que en la solución de cualquier problema en que dicha fórmula se aplicara, había que admitir que dos es igual a uno ($2 = 1$). Cuando nuestro estudiante terminó la solución del problema se dio cuenta de que había en alguna parte una grave equivocación. Pero al revisar rápidamente las operaciones **del problema** las encontró intachables. El Dr. π sonreía con diabólica satisfacción al ver que su **rival-discípulo** (como él lo calificaba **in mente**) había caído por fin víctima de un craso error.

—"Señores —dijo el profesor, dirigiéndose a nosotros— estamos ahora en presencia de un trascendental, ingenioso y revolucionario descubrimiento, que la ciencia debe al sutil, ilustrado y matemático talento, químicamente puro, de nuestro ilustre compatriota, el señor José J. Jaramillo J. (alias Pokarito), quien acaba de descubrir que **DOS es igual a UNO**".

Con una sarcástica carcajada, sonora y salvaje, que le sacudía todo el cuerpo, coronó su perversa revelación. Mientras tanto, Pokarito, mudo, lo miraba con repugnancia y dominaba sus ansias de irse a las manos con su victimario. De nosotros, nadie se rió. La risotada mefistofélica del Dr. π se apagó por fin, pero su eco flotó por unos instantes en el salón con satánico aleteo. El indolente profesor, mirando luego a su presa:

—"¿Están correctas sus operaciones?" —preguntóle con no sana intención.

Pokarito, tratando de no perder la serenidad, revisó con más calma las operaciones de su problema. Las encontró perfectas. Como no sospechó que el error estuviera en la fórmula, puesto que al deducirla nada objetó el Dr. π , y antes bien le dictó un problema para aplicarla, contestó con honradez y firmeza:

—"Sí, doctor, están correctas".

—"Entonces, si están correctas, dígame **se-ñor ma-te-má-ti-co** —dijo el doctor martillando las sílabas del apodo con marcada ironía—

qué **momento** es ese que al final de cuentas nos conduce a admitir su absurdo descubrimiento de que dos es igual a uno?"

En este momento, a Pokarito se le iluminó el rostro, le brillaron los ojos, y como si una misteriosa fuerza secreta le hubiera infundido una absoluta confianza en sí mismo para vencer pulso a pulso a su contendor, alzando la frente contestó con voz firme y arrogante:

—"No sé, doctor; pero puesto que todas mis operaciones están correctas es porque **dos es igual a uno**".

Al ver el doctor que su víctima, lejos de libertarse, se enredaba cada vez más en sus "**lógicas**" deducciones, frotándose las manos de contento, le dijo:

—"Francamente que no sé si es un Leibnitz o es un Einstein el que tengo aquí enfrente. De modo, señor matemático, que usted honradamente cree que dos es igual a uno?"

—"En mi concepto, sí" —dijo el discípulo secamente.

—"Pero ya que así lo cree, póngale unas gotitas de esencia de violetas a su afirmación, y diga al menos ""en mi **humilde** concepto"".

"Señor profesor —dijo Pokarito, con altivez— mis conceptos no son humildes...ni soberbios, sino fundados en razones, y toca a quienes me escuchan demostrar que mis razones son falsas".

—"¡Ajá! ¿Quiere decir entonces que tiene usted poderosas razones en pro de su **descubrimiento**?"

—"Usted lo ha dicho, doctor".

—"Pues entonces, —dijo éste riendo con malévola satisfacción— como se trata de una cuestión matemática, matemáticas serán sus razones, y matemáticamente tendrá que demostrarnos su aserto, señor matemático".

—"Con mucho gusto, si el señor profesor me lo permite".

—"Por supuesto, si estamos ansiosos de su comprobación".

—"Se trata de demostrar que DOS ES IGUAL A UNO —empezó diciendo Pokarito, con toda seriedad, mientras escribía $2 = 1$. "Para ello, asumamos que

$$x = b$$

—"¿Puedo asumir esto, señor profesor?"

—"Claro que sí puede, hombre de Dios".

—"Entonces multipliquemos por x ambos miembros de esta igualdad y tendremos:

$$x^2 = bx$$

—"¿Puedo restar de ambos miembros una misma cantidad, señor profesor?"

—“Naturalmente que sí, mister Newton. Y no me pregunte más si **puede**. Continúe no más, que cuando no pueda, yo **le ayudaré**”.

—“Entonces, restando b^2 de ambos miembros, tendremos:

$$x^2 - b^2 = bx - b^2$$

—“Ahora bien, el primer miembro de esta igualdad es una diferencia de cuadrados, que como todos sabemos es igual a la suma por la diferencia de las raíces. Y en el segundo miembro, podemos sacar a b como factor común. Luego tendremos que

$$(x + b)(x - b) = b(x - b)$$

—“Dividiendo ahora ambos miembros de esta igualdad por el factor común $(x - b)$, tendremos:

$$x + b = b$$

—“Pero puesto que $x = b$, reemplazando a x por su valor b tendremos que

$$b + b = b$$

“o sea, que

$$2b = b$$

“o, dividiendo por b , que

$$2 = 1$$

“que es lo que le quería demostrar al señor pro-fe-sor” —terminó diciendo Pokarito, lleno de satisfacción, y silabando la última palabra, mientras se sacudía la tiza de las manos con gesto de triunfo.

El Dr. π , pálido y desconcertado, no supo en ese instante cómo refutar la sorprendente demostración de Pokarito, y, tratando de salirse por la tangente, se puso en pie muy turulato y se dirigió al tablero, a la vez que decía:

—“Pero es que no se trata de eso. Usted no ha contestado aún mi pregunta fundamental”—. Y mientras golpeaba con el dorso de la mano la consabida fórmula errada, repitió su pregunta:

—“Qué momento es éste, señor matemático?”

—“Pues...mi querido doctor —respondió Pokarito con arrogante frescura, mientras con socarrona sonrisa celebraba su socaliña— yo creo que para todos este es el momento de que nos vamos, porque son las cuatro en punto. Y para usted es un momento muy grave, porque son las cuatro **jotas**, señor pro-fe-sor”.

Todos reímos de tan buena gana, que el mismo Dr. π hubo de acompañarnos, mientras decía recogiendo su sombrero y sus papeles:

—“Hombre, sí: quizá tenga razón. Es mejor que nos vamos y mañana estudiaremos de nuevo el asunto. Hasta mañana, señores”.

—“Hasta mañana, doctor” —contestamos en coro.

Salió apresuradamente de la clase, y lo vimos alejarse de la Escuela con un caminar nuevo, nervioso y sin ritmo, que no le conocíamos.